

PATRICIA HUERTAS

LO QUE  
TARDÉ EN  
ENCONTRARME

**JML**  
Libros y Literatura

Primera edición.

Lo que tardé en encontrarme.

© 2023, Patricia Huertas.

© Libros y literatura SL

[www.librosyliteratura.com](http://www.librosyliteratura.com)

[contacto@librosyliteratura.com](mailto:contacto@librosyliteratura.com)

© Corrección: Victoria Mera.

© Diseño de portada e interiores: Marta F. Alarcón.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-126956-0-1

Depósito Legal: A 183-2023

*Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.*





«A esta época tranquila y feliz de mi vida  
la llamaré “Verás qué hostia”».  
(Visto en Internet).



## CAPÍTULO I

¡Riiiiing, riiiiing!

Y en la pantalla de mi móvil leo la palabra «mamá».

¡Qué tendrán las madres que huelen a kilómetros de distancia las desgracias! No, no lo voy a coger, la llamaré luego. Querrá saber cómo le ha ido a Carlos en su viaje a Bruselas, qué regalos nos habrá traído de ese nuevo lugar que ha visitado. Sí, por trabajo, como siempre. Pero seguro que no me pregunta por Malena, su nueva compañera de departamento. Claro, no la conoce, pero yo sí.

El otro día, sin ir más lejos, nos la encontramos en el supermercado. Carlos y yo estábamos dudando si era mejor comprar el pollo de corral o el normal. Y ahí, en medio del pasillo de los congelados, pensé que menudas gilipolleces de dudas teníamos últimamente. La cosa, vamos, lo nuestro, nuestra historia, se nos había ido enfriando tanto que parecíamos aquellos pollos de las bandejas: muertos y congelados. De repente, una mano con una cuidada manicura francesa se posó en el hombro de mi marido.

De forma instintiva escondí las mías. La última manicura me la hice hace diecisiete años, justo para el día de nuestra boda.

—¡Hola, Carlos!

Era la voz de la dueña de las uñas. Cuando se giró para comprobar de quién venía ese saludo, Carlos puso la misma cara de embobado que los actores de aquellas películas españolas de los años sesenta cuando las suecas llegaron a España.

Manteniendo a raya a mi instinto animal (creo que mi cara se parecía bastante a la de una hiena), apreté los dientes y mantuve las manos dentro de los bolsillos de mi abrigo verde de paño lleno de bolitas, aunque a punto estuve de sacarlas con el pañuelo de los mocos para advertirle, sutilmente, que se le estaba cayendo la baba. Me controlé, pero pensé: «¡Ay, Carlos Landa!».

La mujer que saludaba a mi marido estaba elegantemente vestida, aunque para nada de mi gusto. Por la hora que era, supuse que vendría o iría a algún lugar especial. Su pelo liso, largo y castaño, parecía lamido por una vaca. Con muy poca gracia le caía por la espalda, como si le pesase ocho kilos. Pestañas postizas, cejas de esas cuadradas, algún que otro pinchacito en la comisura de los labios y en el rabillo del ojo, y unas tetas enormes talla F controladas de forma magistral por el escote de su ceñido vestido negro. «Joder con el empoderamiento», me dije y me miré a mí misma pensando que nos faltaban, además, yogures naturales.

—¡Malena! ¡Hola! Mira, Bea, te presento a la brillante Malena. Te hablé de ella hace unos meses. Ya son seis los que llevas en el departamento, ¿verdad, Malena?

Y Malena, con una de esas sonrisas de anuncio de carillas blancas, más blancas que las sábanas de mi madre, y sin quitar los ojos de encima de mi marido, asintió mirándolo con cara de princesa Disney. Hasta noté estrellitas en sus ojos.

—Malena, te presento a Bea, mi mujer.

(Y ya).

Y yo, que soy muy rápida, le espeté:

—¿Y qué tipo de LED te pones en el maquillaje, Malena? Ja, ja, ja. —Y paré, pues me estaba riendo yo sola.

Ya no sé si es ironía o que mi humor ha ido evolucionando con el paso de las penas, pero me viene de muy atrás. Creo que es mi escudo ante la hipocresía del mundo y también mi forma de enfrentarme a ella.

La verdad es que Carlos podría haber añadido el adjetivo brillante junto a mi nombre: «Esta es Beatriz, mi brillante mujer». O: «Te presento a Bea, la madre, la educadora, mi brillante esposa». O: «Aquí está la mujer de mi vida: ¡Beatriz!». No sé, algo más teatralizada la presentación para darme un toque de importancia. ¡Algo! Habría estado bien.

Y me quedé con ese pensamiento toda la tarde.

—Carlos, mejor el de corral, tiene mejor color.

Me disculpé y me aparté de su lado con la excusa de ir a buscar los yogures. Ni se inmutaron. Mientras me alejaba, vi que en la cestita de la compra Malena llevaba vino del caro y algo de *sushi*. «Va a tener una buena cena», pensé. Una observación que no ayudó en nada a hacer desaparecer mi sonrisa de hiena. Incluso sentí que uno de mis dientes iba a saltar por los aires de la fuerza con la que apretaba la sonrisa.

Una vez que dejamos las bolsas de la compra en el maletero, entramos en el coche Carlos, yo y la tensión que desde hacía algún tiempo nos acompañaba en la parte trasera de nuestro coche y en la delantera de nuestro día a día.

Carlos fue el primero en disparar (obviamente):

—Podrías haber sido más agradable, ¿no?

—Bueno, la luz que irradiaba la brillante Malena me dejó, primero ciega, y luego muda. Y a parte, no tenía ganas —le contesté.

Lo que por prudencia no fui capaz de decirle es que sentí cómo se descongelaban todos los pollos en aquel pasillo de congelados debido a su propio calentamiento global. Y cómo había notado que su ritmo cardíaco se aceleraba por el encuentro con *Malena LED* en el supermercado.

—De repente te vas a por no sé qué... Bueno, no sé qué te ha pasado, Bea. Has tardado bastante en regresar, además.

—El cambio climático, cariño, que nos está cambiando a todos —le solté sibilinamente para ver si pillaba algo.

Pero, como era de esperar, Carlos giró la cabeza desinteresadamente hacia otro lado, dejándome sin respuesta.

Echando cuentas, esos seis meses que dijo que Malena llevaba en el departamento eran los mismos en los que apenas había visto a mi marido. Hasta Quique había dejado de preguntarle cosas porque ya se sabía la respuesta: «Ahora no puedo, hijo, pregúntale a tu madre».

Continué la conversación a duras penas y para destensar.

—Bueno, no te pongas así, hombre. Era una broma, ya no sabes reírte.

—Pues Bea, es que siempre estás igual... ¡Siempre!

En ese momento, mi silencio le daba algo de razón.

Llegamos del supermercado a casa a las nueve de la noche. Ni siquiera entonces me dio por sacar el móvil del bolso. ¡Qué pereza!

Este es un momento muy mecánico, los dos tenemos muy asumido cuál es nuestro rol en esta faena de colocar la compra, es como un ritual. Llegamos a la cocina, dejamos todas las bolsas en el suelo en fila (esto es importante) y vamos sacando y distribuyendo lo que nos corresponde a uno y a otro. Iniciamos juntos un baile de brazos y manos que van primero hacia abajo y luego de izquierda a derecha, y de izquierda a derecha otra vez.



Yo recibo las cosas que utilizamos en nuestro día a día, todo lo que va en el frigorífico y es de uso diario. Carlos se encarga de la despensa, de todo aquello que tenemos por si hay una hecatombe mundial. Esto lo aprendimos con la pandemia y desde entonces a la despensa la empezamos a llamar búnker y tonterías por el estilo. Hay un lenguaje pospandemia que ha venido para quedarse y que hace que me chirrien los oídos. Ninguno de los dos se entromete en lo que hace el otro y reina un silencio casi religioso, roto tan sólo por puertas y cajones que se abren y se cierran. Apenas hablamos.

Tras guardar el pollo en el congelador, me senté en las butacas altas que tenemos en la barra de la cocina. Cuando nos convertimos en padres y compramos la casa, quisimos recrear esa parte rebelde de nuestras vidas y pusimos una barra en la cocina para que se asemejase a la barra de un bar. Hasta colocamos, colgadas del techo, unas luces de neón en amarillo fosforito en las que se lee «Life is always better when we are together», que nos encanta a los dos y nos recuerda que hay que vivir siempre jóvenes y que juntos es mejor y todo ese confeti de red social que hoy está tirado por todas partes. Pero nosotros, entonces, poco sabíamos de redes sociales ni de nada que se le pareciese. Nuestra relación se hizo grande y fuerte con el «Me im-por-tas tú y tú y tú y nadie más que tú y tú y tú...»<sup>1</sup>, un círculo pequeño y entrañable el de Carlos y Beatriz, con cero *likes* y mucha felicidad.

En nuestra cocina *Instagramable*, la primera del mundo sin saberlo, es el lugar donde desayunamos, donde charlamos, donde nos echamos las risas relajantes después de nuestros trabajos con una copa de vino y, además, es el lugar donde nos hemos amado cada día desde que entramos a vivir aquí. Sí, desde que entramos. La cocina es el rincón de la casa que más adoro, creo que es porque está llena del desorden de nuestra vida, pero, sobre

todo, porque es la estancia de la casa en la que la complicidad se puede tocar con las manos, donde, aunque estemos vestidos, nos desnudamos y donde parece que estemos teniendo siempre nuestra primera cita. Y aunque hace tiempo que no nos relajamos mucho en ella, sigue siendo mi lugar preferido de la casa, y sé que también para Carlos.

En ese momento, sin preguntarle si le apetecía, abrí una de nuestras botellas de vino y me serví una copa. Carlos apenas se dio cuenta del gesto, pues mientras él seguía afanado en lo suyo, yo estaba buscando la forma de romper el silencio reinante.

—Cariño, ¿te apetece que cenemos *sushi*?

Las mujeres tenemos, aparte del sexto, todos los sentidos que queramos.

—Bea, sabes que odio todo lo crudo.

—Sí, sí, seguro —contesté rechinando los dientes.

—¿Qué has dicho?

—Nada, nada. Bueno, pues no sé, ¿quieres que salgamos a cenar? Cariño, mis vestidos ya tienen telarañas.

Y le puse carita de Bea triste. Nunca he sido de princesas Disney.

—Bea, ¿has abierto vino y no me has ofrecido una copa? Ahora a las nueve he quedado con Elías, revisaremos por última vez el proyecto antes del viaje. Recuerdas que vuelo mañana a Bruselas, ¿verdad?

Como para olvidarlo, Carlos, como para olvidarlo.

—Pues con más motivo. ¡Salgamos tú y yo! También podríais haberlo revisado durante la mañana, en el trabajo, ¿no? Que vaya horas para quedar con Elías. Un día de estos, alguien deberá tener una seria conversación con los dos.

—Claro, seguro que serás tú...

—Pues no te extrañe. —Y di mi primer trago.

—Que no, Bea —contestó quitándome la copa de las manos para darle un sorbo que me pareció muy largo.

—Oye, ya... ¡que te la terminas y la he puesto para mí!

—¡Toma, mujer! Elías y yo acordamos y cerramos hace una semana la reunión de hoy. No le voy a decir ahora que no voy porque a ti se te ha antojado ir a cenar *sushi* por motivos francamente extraños.

—¿Son extraños mis motivos?, ¿acaso no puedo tener ganas de salir a cenar con mi marido al que no voy a ver en dos semanas?, ¿acaso no se cena todos los días? No quieres y punto.

—Bea, que nos conocemos.

Y con ese comentario se refería a la vez que quise ir al gimnasio que tiene su empresa para los empleados y familiares sólo porque una vez que fui a buscarlo vi cómo salía una copia casi idéntica de su compañera Malena con un *#cloft* o, lo que es lo mismo, un *cool look outfit fitness total*, y no porque a mí me gustase ponerme a sudar delante de todos sus compañeros o fuese yo una fan del *fitness*, que no lo era, ni del total ni del normal. Carlos lo decía porque le estuve dando la tabarra una semana. Si me pusiese a calcular las toxinas que llevo eliminadas estos días, llenaría varios tarros de mierda.

—Cuando regrese del viaje te prometo que nos pondremos al día de todo lo romántico. Dos semanas, cariño, ten paciencia.

—Y de un sorbo se terminó mi copa.

—¡Ale, lo sabía! Sí, sí, cariño, claro. Cuando tú digas.

Y me dio un beso en la mejilla y se fue. Yo me quedé pensando en la tal Malena, en el *sushi*, en el vino, en el pollo, en el pasillo de los congelados, en el cambio climático, en sus labios en mi vaso, en ese sorbo que terminó con nosotros dos, en él partiendo a algún lugar dejándome sola en la cocina de Instagram.

¡Riiiiing, riiiiing!

Aunque rebusqué en el fondo del bolso, no llegué a tiempo de contestar. Era mi madre, que insistía, pero mi mente estaba en Japón. Es tan audaz y veloz que los teletransportó allí a los dos, a Malena y a Carlos, en un viaje gratis y relámpago gentileza de Beatriz. Con todo dispuesto en un *kotatsu*<sup>2</sup>, mi imaginación los puso a cenar juntos, ataviados con los típicos kimonos. En mi mente esa cena era tan real como la vida misma y yo me daba a entender que la única que no iba a cenar nada era yo, pero por tonta del culo en esta ocasión.

Ya en la cama, con el edredón hasta el cuello y los pies por fuera de las sábanas, quité el sonido del teléfono a eso de las doce y ni siquiera entré a leer los wasaps. Otro gallo nos cantaría mañana. Cerré los ojos y me agarré fuerte a mi almohada. ¡Abróchense los cinturones! Cada noche mi cama se convierte en un avión en el que recorro miles de kilómetros hasta mi niñez para charlar con la niña que fui, y en el aire, flotando en mi mente, empieza a sonar: «Cuando la pena cae sobre mí, quiero encontrar aquello que fui, miro hacia atrás y busco entre mis recuerdos...»<sup>3</sup>.

Me parece que esta noche he dormido todo el viaje, que ya es bastante raro. Al despertar, albergo la esperanza de que a mi marido no le guste el *sushi*.

«Y bailarás bajo la lluvia».  
(Visto en Internet).



## CAPÍTULO II

Ya es primera hora de la mañana del día en que Carlos se ha ido de viaje. Tenía que estar en el aeropuerto a las cinco y media de la madrugada y yo no sabría decir ni a qué hora llegó por la noche. No le he sentido entrar en la cama ni salir de ella, que es lo peor.

Bostezo, me estiro y me levanto. Las tres cosas a duras penas. Últimamente, el hecho de levantarme me supone el primer éxito del día. ¡Hale, ya estoy de pie! Aunque estoy por volverme a la cama otra vez.

Este pensamiento me secuestra todas las mañanas durante diez minutos, pero por el momento voy consiguiendo escaparme de él. Y temprano, me canto a mí misma la canción de los Hombrés G que dice «Hoy me he levantado dando un salto mortal... ¡¡¡Y voy a pasármelo bien!!!» y me digo: «Venga, Bea, ya verás qué bien te lo vas a pasar hoy, espabila, que es posible, que sí, siempre y cuando no te hayas dejado las luces del coche encendidas otra vez». Ufff, yo creo que sí que las quité... ¿¡Será posible!?

He comprobado que esto me sucede con más intensidad los días en que tenemos claustro de profesores. Y hoy era uno de esos días. Menuda lata, con la pereza que me da escuchar a la directora. ¡Es pesadísima! No deja participar ni opinar ni decir nada que no sea repetir y asentir lo que ella dice. Y siseeeeempre es lo mismo, explicado de la miiiiisima forma de siempre y todos asentimos, también, como siseeeeempre. Eso sí, luego, en nuestros descansos, todos somos unos leones cobardes<sup>4</sup>: «Que si fíjate lo que nos pide», «Que si lo lleva claro si cree que lo vamos a hacer», «Que si a la siguiente se lo salto, te lo juro». Aunque tuviésemos al mismísimo Mago delante de nuestras narices seríamos incapaces de contarle la verdad y restaurar, con ello, algo de nuestro valor perdido. Porque, ¿para qué restaurarlo a estas alturas?, ¿qué ganamos con ello?, ¿dónde está la compensación?

Dichosos leones. ¿Así cómo vamos a cambiar el mundo?, ¿así cómo vamos a cambiar algo?

—Qué aburrida parece que estás siempre, mamá. Yo creo que necesitas cambiar.

—Sí, muy bien, pero ¿el qué, hijo?, ¿tú lo sabes?, ¿eh? Que necesito cambiar... ¡Qué listos sois todos, joder!

A menudo me quedo absorta en estos pensamientos y hoy, por culpa de ellos, no he parado a tiempo mi Dolce Gusto y el café está desparramado en la encimera de la cocina. Joder, hoy cuatro cápsulas. Dos tiradas y dos consumidas, ni que estuviera barato. Mientras deambulo por la cocina poseída por estos pensamientos, parece que escucho agua en el baño. Quique ya se ha levantado también y se prepara para ir al instituto.

Pienso en Carlos por unos segundos en los que, además, lo extraño. ¿Habrá llegado bien?, ¿por qué no me ha llamado?, ¿qué tal le iría en la reunión de anoche?, ¿lo llamo? Ah, no, no, mejor que lo haga él.

—¡Tú no lo vas a hacer!

Es mi jodido ego hablando por lo bajini. Últimamente parece que haya sido poseído por un batallón de feminazis que no le pasa ni una a Carlos.

—¡Vamos! —sigue ese ejército azotando—. Si no te llama él, si no te besa el culo arrodillado, pidiendo perdón, sudando... no hay nada que hacer. ¡Sólo faltaba! No lo llames, ya se dará cuenta de lo que pierde cuando te pierda.

—Bla, bla, bla... ¡Calla, pesado! —me defiendo de sus zarpazos—. Yo no soy así, déjame tranquila. ¡Qué coñazo!

En esos momentos, suelo imaginarme entrando en uno de esos juzgados de película estadounidense a los que se llega después de subir un montón de escaleras blancas, siendo la primera mujer que denuncia a la sociedad y al Estado por haber afectado a su salud mental. Y ganando.

Pero consigo relajarme. Aun así, soy capaz de apagar ese ruido que me impide pensar con claridad.

Los claustros siempre empiezan de la misma manera:

—¡Hay que ajustarse al temario! El curso nos está comiendo —explica a gritos Esmeralda, la directora, que no sabe explicarse si no es elevando la voz por encima de todos nosotros.

Creo que se le ha olvidado que los niños vienen con un tema diferente cada día, que se aburren como ostras en clase porque el mundo que quiere pintar Esmeralda dentro del aula nada tiene que ver con el mundo al que se enfrentan afuera y que, si no avanzamos, y menos los niños, es precisamente por ajustarnos tanto a él. También hablamos de flexibilidad y de fluir con los cambios, hablamos mucho de esto, lo cual es para mearse de

la risa. Vamos, yo por lo menos me parto, y creo que no soy la única, aunque sí que soy la única a la que se le nota demasiado que no me creo ni media palabra de lo que dice. Ella sabe perfectamente que cuando la miro a los ojos es porque quiero que lea en mi cara: «No te creo ni aproximándome».

Para terminar los claustros, suele ponernos algún vídeo de esos que rulan por Internet sobre psicología positiva y actitud de un tal Víctor Küppers<sup>5</sup>, aunque ella sea la primera que ni se acuesta ni se levanta con él.

Me resulta patético. Pero lo mejor es cuando viene algún inspector de educación. ¡Con la administración hemos topado! Su cara se torna entonces amable. Hasta noto que cuando nos mira, y ella no suele mirarnos, lo hace con una ligera sonrisa, como si nos quisiese algo. Lo hace porque está obligada. Bueno, el caso es que se viene arriba y por poco no nos hace bailar el Haka<sup>6</sup> llenos de orgullo y pasión. Por supuesto, de manera forzada, ya que ella es la primera que carece de estas dos virtudes. Esos días se pone una careta demasiado ajustada para su cara que no le va nada de nada, pero que consigue que al inspector se le caiga la baba.

Poco hace falta. Él es otro de esos ceros a la izquierda que no suman nada y que forman parte del sistema no para mejorarlo, sino para dejarlo igualito que está. Porque, ¿para qué vamos a hacer algo?, ¿en qué me compensa? Dejemos las cosas como están. Y el uno por el otro, así nos va.

Cuando viene el inspector fingimos ser un superequipo. Me desconcierta pensar que nadie se dé cuenta de lo que sucede verdaderamente, aunque estoy segura de que sí que se dan cuenta, pero pasan del tema. Lo peor es que a nadie le importe que estemos vacíos de pasión y a reventar de hipocresía, tanta que hasta damos asco. Por este motivo jamás podremos ser mejores para los niños. Aunque, claro, para eso habría que empezar por quitar



a Esmeralda de la dirección y no caerá esa breva.

Puro teatro, vamos. Todos los días hay función.

Estoy convencida de que Esmeralda es una muñeca de hojalata<sup>7</sup> sin sensibilidad alguna que no ayuda ni quiere ayudar a nadie y que no va en busca de ningún corazón porque no lo quiere. Y ni ganas tiene. Es más pesada que una vaca en brazos.

Nadie se imagina, ni siquiera Carlos, los esfuerzos que me supone comulgar con lo que no estoy de acuerdo y cómo me destruye esta hipocresía en la que vivimos diariamente. No sé si es que todo lo auténtico se ha quedado guardado en el bote del ColaCao. ¡Menudo plan!

Luego miro a Quique y pienso que él necesita el dinero más que a una madre feliz, así que, primero me autoengaño para poder ir al trabajo y luego, me autoconvenzo de que el salario es lo que me ayuda a vivir y voy tirando. He nombrado a Carlos y a Quique terapeutas del año y siempre que llego a casa les descargo el barril de las penas. Cuando cae la última es cuando me pregunto si no me estaré equivocando y realmente sólo vivimos porque respiramos. Como si el espíritu de Alejandra Pizarnik<sup>8</sup> me hubiese poseído en aquel mismo momento, murmuré: «¿Dónde estará el idiota que inventó la expresión “ganarse la vida” como sinónimo de trabajar?».

—Bea, es lo que hay —habla mi ventrílocuo, que sabe perfectamente que odio esta frase tanto como lo que no cambia—. De verdad, no sé de qué te quejas tanto, no sé si es que no piensas en que tú al menos haces lo que te gusta, cariño. No te has dado cuenta de que, desde la Revolución Industrial<sup>9</sup>, muchos están en el lodo. Vamos, la mayoría.

No hace mucho tuve una conversación sobre esto con Carlos, el gurú de las buenas intenciones. En estos momentos de estrés,

él trata de recoger mis penas del suelo. «No las vayamos a pisar y encima nos matemos con ellas», dice siempre.

—Cámbiate de cole, date un respiro, haz otra cosa, encuentra tu inspiración. Los niños siempre han sido lo tuyo... ¡Algo más se podrá hacer con ellos! Te adoran, no sé por qué quieres hacer lo que todo el mundo hace y ser otro pomelo más. La vida, Bea, no es ese valle de lágrimas del que nos hablaban en las clases de religión del cole, ¿te acuerdas? La vida está llena de mejores opciones. Joder, Bea, que no sé qué te ha pasado, si se te ha olvidado o qué, pues esto era lo que tú solías decirnos a los demás. Sólo estás buscando excusas y bien sabes que las excusas no provocan cambios, sólo cavan tumbas.

Y en esta última frase, me pareció ver la sombra de mi madre detrás de Carlos.

—Pero ¿qué haces?, ¿estás tonta?

—No, no, qué va. Sólo te miraba por detrás, me parecía que te había salido una suegra...

—Vamos, tu madre. Ahora me dices que me parezco a tu madre. ¡Lo que tengo que aguantar!

—Pues claro, es que le has robado la frase y, si me apuras, veo en ti a un futuro ponente de las charlas motivadoras TED. ¿Estás preparando alguna o qué?

—Repito: qué-tonta-estás.

¡¡¡Paaam!!! El ruido de un golpe me libera de estos pensamientos matutinos. Ha sonado como si algo hubiese caído al suelo desde un octavo piso.

—Mamááá, no ha pasado nada, que se me ha caído el bote de la espuma de afeitar —grita Quique desde el baño.

A Quique le debieron coser mal las manos al nacer. Estoy cien por cien segura de que la torpeza la ha heredado de mí, que soy un pato mareado.

—Jolines, Quique, ¿otra vez, hijo?

Entre la edad, y que el tamaño de su cuerpo se está acondicionando a su nueva realidad, es el rey de las torpezas. Y lo que le queda. Pienso que todos hemos pasado por ahí y me entra un poco de nostalgia. Quique ha crecido tanto en tan poco tiempo que ahora su cuerpo no me abraza, me abriga.

La bayeta, que estaba limpia, ha adquirido el color marrón del café y toda la cocina parece un minicafetal del África tropical. Ahora sí que reviso el teléfono. Al estar en línea informo a los demás de que estoy viva, pero sólo lo hago para eso, porque entro y salgo. Ya leeré todo con más calma. Además, ya son más de las ocho y media.

Tengo varias llamadas perdidas (ninguna de Carlos). Hay un wasap de Carlos, cuatro de mi madre, dos del grupo de profes, veintitrés del grupo de padres y madres, cinco del grupo de la familia, quince del grupo de amigos, varios correos electrónicos... Paso de todo y decido entrar en una aplicación de noticias que me descargué hace poco, a ver qué mensajes positivos nos ofrece el día. Va, que hoy el mundo va a estar mejor que ayer.

Nada, no hay manera. Todos son una mierda y el mundo sigue igual que ayer, igual que antes de ayer. Los mismos anuncios idiotas sobre qué hacer para no sentirte vieja a los cuarenta: «¿Ya tienes cuarenta y tu visión empieza a nublarse?». Muertes, asesinatos, violaciones, secuestros, catástrofes naturales, incendios, guerras, *politicorrupción*...

Cuarenta años y parece que sigamos en el NO-DO. Desde entonces no hemos dado más que pasos pequeños.... o cortos, no se sabe. El discurso social es tan parecido al de antes que es para cagarse de miedo. ¡Y han pasado cuarenta años!

Me resulta espectacular cómo la humanidad nos muestra su lado más oscuro para luego pedirnos que busquemos el bueno

y que, cuando salgamos de casa, sean nuestras sonrisas las que cambien el mundo. Y todo muy ilustrado, para que no perdamos detalle de este desastre en el que nos hemos acostumbrado a vivir. Un desastre tan terrorífico que nos muestra, mientras tomamos una taza de café tranquilamente en casa, que al otro lado del mundo han asesinado a una chica por llevar el velo caído. Y mientras, aquí, el Estado nos tiene con la soga al cuello y descubrimos, casi con indiferencia, que nos han quitado lo poquito que acaban de ingresarnos en la cuenta por ser unos pésimos ciudadanos de esos que jamás han tocado el pelo a otro, pero que van pisando líneas azules en vez de blancas por el suelo.

—Mamá, ¿qué es lo que pasa?, ¿en el mundo sólo pasan cosas malas? —me pregunta mi hijo todos los días que vemos juntos las noticias.

Su pregunta me lleva a cuestionarme qué es lo que les estamos haciendo llegar a ellos y qué es lo que nos quieren hacer llegar los medios a todos y por qué. Somos más de siete millones de personas en este mundo y todos los días, en treinta minutos, nos cuentan las mismas cuatro cosas por la mañana, las mismas cuatro cosas al mediodía y las mismas cuatro cosas por la noche. ¡No lo entiendo! Si sólo con las cosas que me pasan a mí en tres horas, incluso menos, tendrían noticias para parar un tren.

Y me monto mi propia película en la cabeza sobre qué sucedería si un día a alguien se le ocurriese la idea de utilizar la teoría de los veintidós días<sup>10</sup> como experimento social aplicado al periodismo. Si así cambiaría, se reduciría o desaparecería el hábito humano de matar, por ejemplo y si, durante ese tiempo, a nadie le llegaría la noticia de que se ha matado.

Yo siempre he creído que el eco que se da a las mezquindades humanas tiene un efecto rebote. ¿Qué pasaría si en vez de alimentar lo peor de las personas alimentásemos durante veintidós

días seguidos lo mejor e hiciésemos con esto algo tan español como darle la vuelta a la tortilla?

Suena tan bonito.

¡Hala! Un robo más por parte del Estado. No sé qué diputado de no sé qué partido político se ha lucrado con la venta de no sé qué producto farmacéutico. Estará varios días en el candelero y desayunaremos, comeremos y cenaremos con él. Y después, por obra y gracia del Espíritu Santo, cesarán las noticias.

Creo que ni locos nos atreveríamos a proclamar que vivimos en una leptocracia en los ámbitos públicos y privados y que, claro, así nos va. Mejor no decir nada, no vaya a ser que salte la liebre y perdamos el trozo de pan con queso que nos dan.

Miro por la ventana que tenemos en la cocina y que da a la calle y mi imaginación empieza a jugármela. De repente, todas las personas que deambulan al otro lado del cristal son leones cobardes que cruzan pasos de cebrá, que se quedan mirando escaparates, leones que llevan a sus cachorros a la escuela. Todos lucen una melena y un pelaje muy parecidos y me pregunto si en su interior, debajo de todo lo que llevan puesto, es donde se esconde el valor que les hará rugir y pelear por su manada. ¿Cuánto falta para que la humanidad se despierte de este invierno que dura ya más de ciento cincuenta años?

—Houston, tenemos un problema. La humanidad está a punto de estall... ¡Y estalló! —bromea Quique cuando, de reojo, mira las noticias en la televisión.

No contenta con todo lo que he leído, sigo hojeando las noticias para tomar el desvío al país de Nunca Jamás<sup>11</sup> al que nos tratan de abducir. Esto funciona así: nada más dejarte en la puerta de tus narices toda esa basura, entra un anuncio de colores pastel que te invita a ver *la vie en rose*. Sin tiempo para la reflexión, te acaban de disparar dándote en toda la frente con un mensaje

que te ha llegado más que todos los demás: «¡Hoy puede ser un gran día!».

«Y no dosifiques los placeres, si puedes, derróchalos... Hoy puede ser un gran día y mañana también...», cantaba Joan Manuel Serrat en su canción.

Y mientras doy vueltas a mi segundo café por accidente mortal del primero, con cinco de azúcar a ver si endulzo la vida, repito esa frase y me pongo a cantar a Serrat con una esperanza para nada fingida. No vaya a ser que, de verdad, hoy pueda ser un gran día, pese a todo lo que he leído antes.

Nueve menos cuarto y Quique me grita desde el pasillo de casa:

—¡¡Mamááá, ya me voy!!

—Vale, hijo, muy bien.

No sé por qué me lo ha dicho gritando, si luego ha venido a darme un beso y a coger el almuerzo. He aprovechado para decirle que ya hemos consumido los gritos del día y que qué le parece si bajamos el tono, que en nuestra casa estamos siempre cerca.

—Qué pesada eres, mamá.

—Ya, bueno, es lo que hay —le respondo.

De todas las cosas que quiero que cambien en este mundo, ser pesada con mi hijo no es una de ellas. Ese ratito en el que viene a verme antes de irse me pego un buen chute de sus sonrisas y pienso que, seguramente, lo que les falta a todos estos capullos que nos roban y nos mienten es la verdad que hay detrás de la sonrisa de un buen hijo.

Quique es un burro dando besos, tiene tanta fuerza que casi me tira al suelo y consigue que los carrillos se me metan dentro de la boca.

—Que tengas un buen día, mamá. Te quiero.

Según leí en un artículo de los miles que pueden encontrarse

en Internet, hay una bajada del amor hacia los padres en la adolescencia. No es el caso de mi hijo, ya que Quique me regala una buena ración de amor cada día. Sin sobornos. Pero esto no es noticia ni sale en ningún lado. Una pena, porque nosotros sí que sabemos que existe un amor del que hablar al mundo y que sí que podría cambiar las cosas. Pero no le interesa a nadie.

Sale por la puerta con sus cascos y sus vídeos de YouTube al encuentro de sus colegas, como si la vida fuese fácil, como si la vida fuese bonita... Así, como es él, como yo lo fui un día.

Cuando suena el portazo de la puerta al irse, suspiro y entro por fin en la ducha a ver si me deja de doler lo que me duelen las cosas y repito el mantra de aquel anuncio de colores pastel. Sí, otra vez: «Hoy va a ser un buen día, hoy va a ser un buen día, hoy va a ser un buen día...». Pero seguro que yo hoy también llego tarde.

De repente, al salir de la ducha, me entra una sensación extraña. Es un sentimiento muy intenso que hace que, aunque ya esté de pie, me tenga que sentar en la taza del váter. Está bajada y fresquita, y mi culo se ha quedado pegado a ella. Por lo menos no me he caído, que era lo que parecía que iba a pasar. ¡Menuda escena! «Encuentran a mujer de cuarenta años desvanecida en su baño. En el teléfono estaba sonando, en modo repetición, la canción de Serrat *Hoy puede ser un gran día*». De risa.

No sé si es tristeza o angustia, no tengo ni idea de lo que es. No sé cómo llamarlo, no sé cómo explicar lo que me ha sucedido. Es como si estuviese echando de menos a algo o a alguien, pero no sé identificar a qué o a quién. Tengo un pinchazo tan grande en el pecho que tengo que llevarme la mano al corazón y se me caen, sin que haya podido hacer nada por evitarlo, todas las lágrimas que me he contenido y guardado a lo largo de todo este tiempo sólo por aparentar que estoy bien. Y aunque no ha durado mu-

cho, parece que haya estado en el baño años, porque me resulta imposible parar de llorar.

Qué confusa me siento. Dejo de lado esta sensación y despego mi culo del váter, me yergo, termino de arreglarme y salgo pitando al trabajo. Pero pitando. Ya me escucharé otro día. Ya me lloraré en otro momento, en otro mes, en otra vida. Trato de tranquilizarme porque tampoco es que sea mi idea dejar esta vida desnuda y en el baño.